

América narcisista

CUANDO desembarqué por primera vez en América, la estatua de la Libertad, a la entrada del puerto de Nueva York, era todavía un mito impresionante. Desde aquella calurosa mañana de agosto de 1958 ha llovido mucho en USA, incluso balas, y la estatua que regalaban los franceses en homenaje a la democracia americana parece haber extinguido su antorcha simbólica.

Aquel verano de 1958 todo estaba en orden en los Estados Unidos: Dean Martin y Perry Como cantaban serenatas a la luz de la luna; Errol Gardner amenizaba las fiestas con suaves y discretas interpretaciones al piano que los rubios cachorros del neocapitalismo, en bermuda-shorts y camisa de cuello abotonado, escuchaban desde el césped del jardín cortado todos los sábados. En el cine drive-in velamos desde el coche "El puente sobre el río Kwai" y "Los hermanos Karamazov"; el equipo de béisbol de mi ciudad adoptiva, los Braves de Milwaukee, se disponían a disputar las series mundiales a los

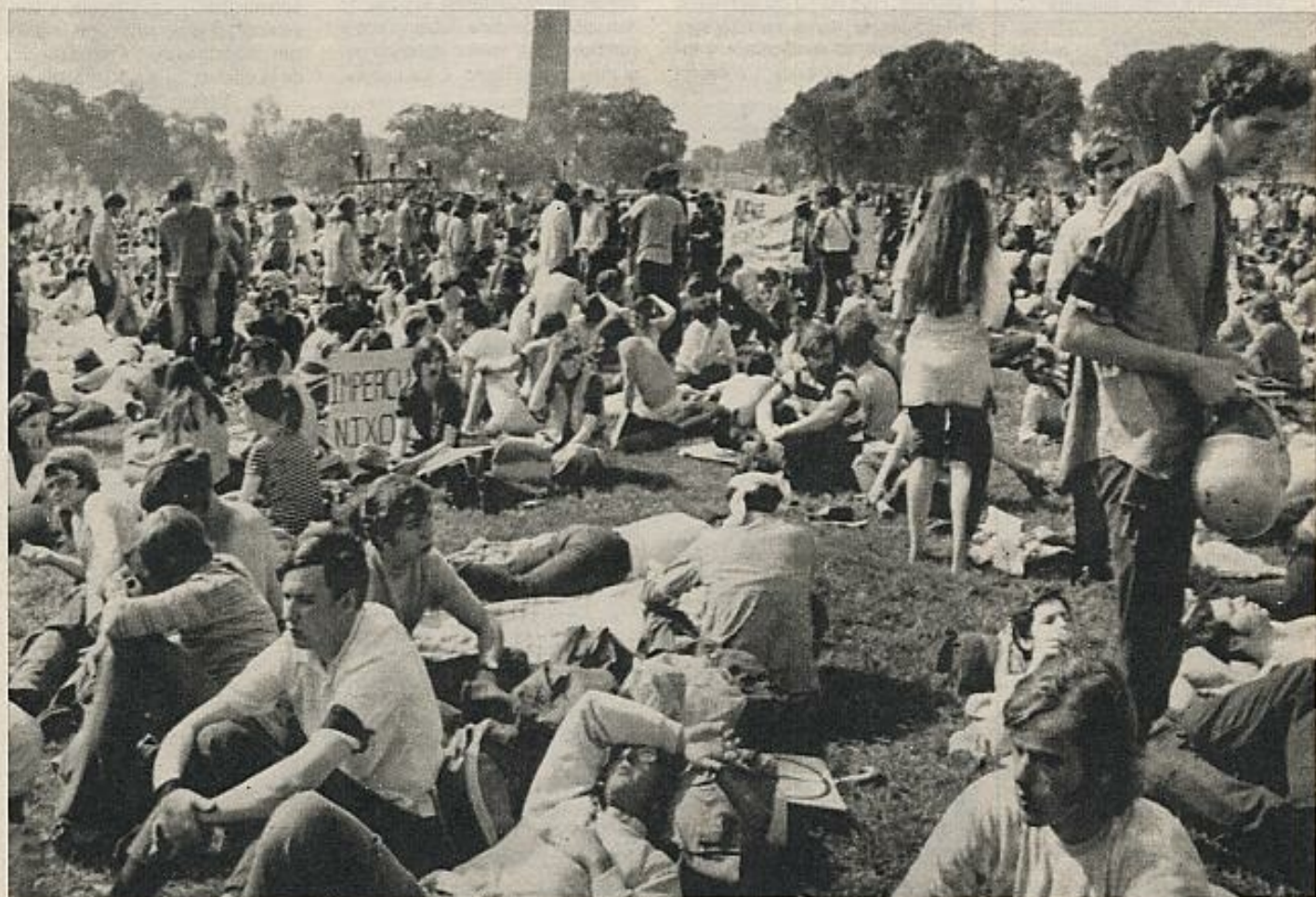
Yankees de Nueva York. Todo estaba en orden bajo los auspicios del general Eisenhower en el sosegado, opulento y promediado marco del "American way of life".

Cuando diez años más tarde volví a USA para estudiar en la Universidad de California, y me instalé dos años en Berkeley, el panorama había cambiado radicalmente: era el verano del 68. En lugar de bermudas, pantalones vaqueros; los pelos al cepillo se habían convertido en cabelleras; Perry Como y Dean Martin eran venerables reliquias desbancadas por los Rolling Stones, Hendrix y Joplin; los jóvenes iban al festival "pop" de Monterrey en lugar del estadio de los Giants, y la Policía había decretado toque de queda en las calles de Berkeley. El "American way of life" estaba en entredicho y los ruidosos acontecimientos de la convención demócrata de Chicago tenían en viño al país. Bob Dylan cantaba: "Algo está pasando y usted no sabe qué es, ¿verdad que no, mister Jones?".

Entre 1958 y 1968 habían pa-

sado muchas cosas: en 1960, los estudiantes negros de Greensboro, Carolina del Norte, ocuparon las aulas para protestar contra la segregación; siguieron manifestaciones en otros lugares del Sur, y los estudiantes blancos de izquierdas organizaron el movimiento SDS, Estudiantes para una Sociedad Democrática. La SDS a partir de 1962 y con la declaración de Port Huron, tomó el relevo de la New Left, aglutinando a su alrededor un conjunto cada vez mayor de grupos raciales tan distintos entre sí que sólo se parecían en su rechazo del "American way of life". En 1963 son expulsados de Harvard los profesores de psicología Timothy Leary y Richard Alpert porque han realizado experiencias con LSD, alucinógeno importado de Méjico, donde los indios lo usaban desde tiempo inmemorial: comienza el movimiento sicodélico, elemento cultural decisivo en la formación del "underground". Es el año del asesinato de Kennedy, primera gran figura en la fachada norteamericana ante la opinión mundial.

El informe Warren no hace sino reforzar las sospechas de que algún grupo de extrema derecha está detrás del crimen; sospechas fuera de los USA, claro está, porque allí los medios de comunicación se ocuparon de enseñar la lección a la "mayoría silenciosa". En 1964 hay el primer enfrentamiento grave en la Universidad; en Berkeley estalla una revuelta para conseguir libertad de expresión para debatir cuestiones políticas en la Universidad; es el Free Speech Movement que encabeza Mario Savio: paralizan la Universidad y obtienen sus demandas. En 1965 asesinan al dirigente radical negro Malcolm X, estalla la rebelión de los negros en el barrio Watts de Los Angeles; se producen marchas de protesta en el Sur (Selma y Montgomery), y sobre Washington D. C.; los Estados Unidos invaden la República Dominicana y bombardean sistemáticamente Vietnam del Norte. El año 1967 el movimiento "hippy" aflora en todo su esplendor multiforme: primer "Be-in" o festival en el parque Golden Gate de San Francisco con



Jóvenes norteamericanos ocupan un parque próximo al Washington Monument, con pancartas acusatorias contra Nixon



Y

Colección Punto y Línea

Christopher Alexander et al.
Urbanismo y participación

Umberto Barbaro
El Cine y la reivindicación marxista del Arte

René Berger
Arte y Comunicación

Paolo Bertetto
Cine, fábrica, vanguardia

Gianfranco Bettetini
Producción artística y puesta en escena

Malcolm Caldwell et al.
Socialismo y medio ambiente

Jean Cazeneuve
El hombre telespectador

Furio Colombo
Televisión: La realidad como espectáculo

Renato de Fusco
La idea de Arquitectura

Gisèle Freund
La fotografía como documento social

John Heartfield
Guerra en la Paz

Tomás Maldonado
El diseño industrial

Frank D. McConnell
El cine y la imaginación romántica

Franco Pecori
Cine, forma y método

Francesco Poli
Producción artística y mercado

Margarita Rivière
La moda, ¿comunicación o incomunicación?

Aldo Rossi
La arquitectura de la ciudad

Herbert I. Schiller
Comunicación de masas e imperialismo yanqui

Editorial Gustavo Gili, S.A.

GG

26 triunfo

América narcisista

asistencia de George Harrison, Leary Ginsberg y Kerouack. Comienza la resistencia contra el reclutamiento militar y se celebra la marcha contra el Pentágono, descrita por Norman Mailer en "The Armies of the Night". En 1968 se multiplican los incidentes: Martin Luther King cae asesinado, la Policía de Chicago apalea a los "hippies" que organizaban una convención bufa para designar como candidato a la Presidencia a un cerdo, que por cierto acabó en la cárcel como los demás; en el desmadre policial que se desencadena son agredidos periodistas, reporteros de TV, los clientes del hotel donde estaban las oficinas del candidato McCarthy, y hasta el inefable Hugh Hefner, director de "Playboy", que pasaba por allí. Disturbios en las Universidades de Columbia, Stanford, Berkeley, Orangeburg y San Francisco State.

El año 1969 nace el Movimiento de Liberación de la Mujer, se construye el People's Park de Berkeley y la Policía lo ocupa; muere una persona y la Universidad es ocupada militarmente por el Ejército. Comienza una operación a escala nacional contra los Black Panthers: Fred Hampton es muerto a tiros en la cama en Chicago, Bobby Seale es encarcelado y Eldridge Cleaver se exilia. Un sacer-

dote católico, Daniel Berrigan, ocupa con otros una caja de reclutas y quema miles de cartillas militares destinadas a la guerra del Vietnam. En el verano unos 300.000 "hippies" asisten al festival musical de Woodstock, que marca un hito como demostración de identidad del "underground". El año 1970, Nixon, Agnew y Mitchell inician una operación de represión contra el "underground", cuyos efectos se han hecho notar en la década de los setenta.

El sistema, consciente del peligro potencial que entraña el "underground", desplegó a partir del advenimiento de Nixon una eficaz campaña de represión, atacando a cada oponente con una estrategia distinta. A los activistas más politizados como Weatherman, Black Panthers y Symbiotic Liberation, los eliminó por la fuerza de las armas; a los "hippies" más inofensivos los ha destruido con la diseminación de drogas adictivas (heroína y "speed"), marginado en comunas rurales inocuas o asimilado en movimientos capciosos como el guru Maha-ri-ji o los "Jesus-freaks". En este sálvese quien pueda general, algunos han tenido la habilidad y el cinismo de comercializar el movimiento en engendros banalizadores como "Hair" y "Jesus Christ Superstar".

Por eso, cuando este verano visité de nuevo California, el pulso de la nación americana había vuelto a cambiar; había menos violencia pero más conformismo. A los que es-

tábamos en la cola del cine de Los Angeles, donde se exhibía "Todos los hombres del Presidente", que es la película sobre el escándalo Watergate, pasó el candidato republicano para el Senado dándonos la mano. La sensación desconcertante e indefinible que tuve entonces la he encontrado después magistralmente caracterizada por Christopher Lasch, que llama a Norteamérica la sociedad narcisista.

Los americanos han perdido fe en la política, y el tema dominante de los setenta es la retirada a satisfacciones puramente personales: la creciente desilusión ante la incapacidad de cambiar la sociedad, incluso de entenderla, ha generado un renacimiento de la religión, por una parte, y del culto al "crecimiento personal", al potencial humano y a la expansión de la consciencia, por otro. Perdida la esperanza de mejorar su vida a través del cambio social y político, la gente se ha autoconvencido de que lo importante es el perfeccionamiento psíquico: entrar en contacto con el cuerpo, comer alimentos macrobióticos, tomar clases de baile, sumergirse en la sabiduría oriental, correr "jogging" o superar el "miedo al placer". Recomendables y positivas como pueden ser en sí mismas estas actividades, tal como se las ha envuelto en la retórica de autenticidad y consciencia, y convertido en programa vital, significan una retirada de la lucha política de la década de los 60. Parece co-



Eldridge Cleaver durante una alocución a los Panteras Negras: el grupo sería sistemáticamente eliminado por la fuerza de las armas.



Bob Dylan cantaba: "Algo está pasando y usted no sabe qué es, ¿verdad que no, mister Jones?"

mo si los americanos quisieran olvidar las rebeliones estudiantiles, la marcha contra el Pentágono, la New Left, Vietnam, Watergate, los asesinatos de Kennedy y la presidencia de Nixon.

Tom Wolfe interpreta este nuevo narcisismo como un gran despertar, el inicio de una religiosidad sensual y orgiástica. Jim Houghan lo compara, como ya hiciera Umberto Eco en estas páginas, al milenarismo de la Edad Media: si la sociedad no tiene futuro, hay que vivir para el presente y centrarse en uno mismo. El narcisismo colectivo se ha convertido en la tesitura dominante de América de los sesenta. Así se empieza a entender lo de Jimmy Carter.

EL VACIO POLITICO

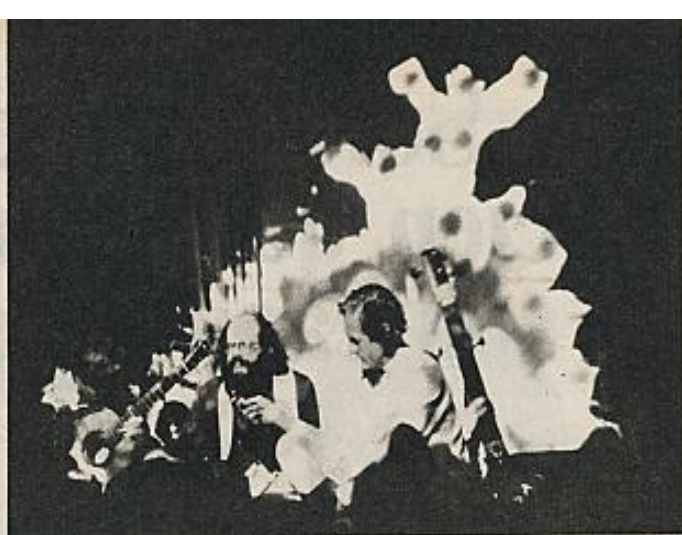
Jimmy Carter es el prototipo del "all american boy": rubio, de cara juvenil, dinámico y con nombre de boxeador. Hace ya tiempo comencé a notar que los americanos deseaban retroceder a tiempos mejores. Los publicistas, ese barómetro de la persuasión cultural americana, comenzaron a usar anuncios donde se manipulaban los símbolos culturales de los cincuenta: James Dean, la música de Glen Miller, Marilyn Monroe. Hemos visto esos anuncios en nuestras vallas. Los persuasores ocultos están capitalizando sobre un sentimiento creciente en la mayoría silenciosa americana: El deseo de ignorar los problemas presentes y volver a los tiempos y estilos de vida de cuando los Estados Unidos eran la superpotencia autocomplacida y sin fisuras. De ahí el revival de los cincuenta, y de ahí la popularidad de Jimmy Carter, un perfecto americano de los años cincuenta.

Lo trágico, como estará imaginando el lector, es pretender afrontar la situación actual buceando en la dudosa reserva espiritual que constituye el "american way of life" de los años cincuenta. A los americanos se les enseñaba enton-

ces en la escuela de Bachillerato, a la cual asistí un año, que su sistema económico era el mejor del mundo, su nivel de vida el más alto alcanzado por la Humanidad y su misión en el mundo la de convertir a todos los países a su estilo de vida, favor por el que los USA recibirían la gratitud eterna de los países atrasados. Como corolario de este ideario, se seguía la necesidad de proteger al "mundo libre" contra los peligros de otros sistemas económicos diferentes. Y debajo de todo ello estaba la frase famosa de aquel presidente de General Motors: "Lo que es bueno para General Motors, es bueno para USA".

Pase a las severas crisis económicas, al desastre del petróleo, a los problemas ecológicos, las crisis del crecimiento, el deterioro de la calidad de la vida y la insatisfacción en la opulencia, la fe en el sistema americano tarda en morir. Todavía el año pasado, la revista "Time" insertaba un largo ensayo defendiendo las ventajas del sistema capitalista. No quiero entrar aquí en la defensa de un sistema contra otro, pero sí me parece evidente, se esté de parte del sistema que se quiera, que lo único que no puede hacerse es el avestruz, pretendiendo seguir doscientos años más tarde con el sistema económico inventado por los utilitaristas ingleses del siglo XVIII. Ya dije en un artículo sobre "Crecimiento cero", publicado en estas mismas páginas, que las crisis actuales de la economía mundial no son de medios, sino de fines. Y por lo mismo, es irresponsable y suicida mantener a ultranza un sistema cuyos fines son precisamente los causantes de las crisis. Conste que esto no significa un alegato en favor de un sistema planificado tipo Rusia o China, porque en estos sistemas el autoritarismo ha desvirtuado las ventajas que su distinto enfoque podría lograr.

Lo que estoy diciendo, y me pa-



Allen Ginsberg —con gafas en la fotografía— estaría, junto a Leary y Rerouack, entre los profetas más significados del movimiento cultural.

rece el gran tema de nuestro tiempo, es que es preciso inventar un nuevo sistema económico, una economía humanista, que ponga el desarrollo intelectual y moral del hombre por encima de la eficiencia, del beneficio e incluso del crecimiento; que tome al individuo como un fin en sí mismo, no alquilándolo ni colocándolo como eslabón en una cadena de fabricación en serie. Una economía que recoja lo mejor y lo aprovechable del capitalismo y del comunismo, pero que corrija los aspectos bárbaros del sistema inventado por los utilitaristas ingleses (como la competencia, el crecimiento sin límites, la agresividad) y los aspectos autoritarios

del sistema practicado por los marxistas (como la planificación centralizada, la supresión de la iniciativa individual). Una economía humanística, descentralizada, a escala humana, asociativa, ecológica, dirigida al ocio creativo para el desarrollo de las potencialidades intelectuales, afectivas y sensoriales del hombre.

Por eso, enfrentados ante la acuciante necesidad de una nueva economía y cada vez más conscientes de su urgencia, resulta penoso ver cómo el país más poderoso de la Tierra, aquel que tiene en sus manos, en esta hora, los destinos de la Humanidad, presenta una perspectiva tan decepcionante como esta elección entre Ford o Carter, tan triste y raquítica como la que ya se dio hace ocho años entre Nixon y Humphrey. Después de los sucesos de Chile y de la guerra del petróleo, parece claro que las cosas pasan dentro de una estructura jerarquizada de naciones, en la cual las inferiores no pueden moverse sin que se alteren las superiores. En otras palabras: la revolución en el Tercer Mundo es muy difícil; el cambio, cuando se haga, se tendrá que hacer en el primerísimo mundo: en USA. Por eso, una América narcisista, que abandona la lucha política y la voluntad de cambio en la sociedad por una búsqueda personal introspectiva, nos parecería un desastre histórico que puede atrasar el reloj del progreso humano durante décadas. Quien esto escribe ha defendido otras veces, y con calor, la necesidad del cambio psicológico y la utilidad de la filosofía oriental, pero en esta coyuntura, la deserción política de los americanos resulta por demás inoportuna, porque en estos momentos, el eje de la historia pasa por los Estados Unidos, y lo que allí desaten quedará desatado en los demás países, pero lo que atene, será también atado en la Tierra. Atado y bien atado. ■ LUIS RACIONERO



Jimmy Carter es el prototipo del "all american boy".